

# C. S. Lewis revisitado

José de Segovia Barrón

*Teólogo protestante.*

*Editor de Cuadernos Reforma.*

La obra del genial escritor protestante del Ulster, Clives Staples Lewis (1898-1963), parece ser ahora redescubierta en nuestro país, a juzgar por la enorme cantidad de nuevas traducciones o reediciones de sus libros; por editoriales católicas, sobre todo, así como por el extraordinario éxito de la película sobre su corto matrimonio, *Tierras de Penumbra*. Pero, ¿quién fue realmente Lewis?

Según Julián Marías, «uno de los autores más inteligentes que ha producido Inglaterra, con las virtudes del país y sin sus defectos». Su figura se ha convertido desde los años setenta en un auténtico mito para el mundo evangélico, que empieza ahora a ser objeto de una tremenda revisión crítica. Pero, para muchos, no hay duda de que estamos ante el mayor defensor del cristianismo histórico de nuestro siglo. Para otros, como Anthony Burgess, «Lewis ha sido convertido en un santo de escayola, principalmente por sus admiradores estadounidenses».

No hay duda de que su literatura, tanto apologética como fantástica, refleja la mano maestra de un gran escritor. En palabras de uno de los más duros críticos literarios de nuestro país, Rafael Conte, se trata de una de las más vigorosas personalidades de la literatura universal de este siglo, que goza de un respeto y prestigio incuestionable entre los círculos especializados y minorías lectoras.

## «El converso más desalentado y remiso de toda Inglaterra»

Muchos pondrían su nombre al lado de algunos famosos conversos de aquella Inglaterra de los años treinta. Ingeniosos escritores convertidos al catolicismo-romano, como C. K. Chesterton, Evelyn Waugh o Malcolm Muggeridge; o al anglo-catolicismo, como T. S. Eliot o Dorothy L. Sayers. Lo singular de Lewis es que, a pesar de su denominación anglicana, nunca se quiso identificar con ninguno de los sectores de su Iglesia, tal como reconoce incluso un biógrafo anglocatólico como Walter Hooper.

El hecho de nacer en Belfast (Irlanda del Norte), a finales del siglo pasado, no es un dato cualquiera de su biografía. Lewis era un típico hombre del Ulster que, aunque se estableció cómodamente en el mundo académico inglés, mostraba una pasión poco habitual en un profesor de Oxford. Como buen irlandés, amaba las discusiones hasta llegar al colmo de la brutalidad de su agresividad verbal. Pero ésta iba acompañada de una punzante ironía, que recorre tanto sus escritos de crítica literaria y filosófica como sus tratados apologéticos de la fe cristiana.

Después de una infancia solitaria, Lewis toma el carácter de alguien totalmente huérfano espiritualmente. Y aunque era un

charlatán insoportable, mostraba también un cierto disgusto por la vida pública. Era un niño inmerso en libros y fantasías en un hogar nominalmente cristiano (su madre era hija de un pastor presbiteriano) hasta que un cierto ateísmo se empieza a mostrar con dureza durante su época escolar:

No creo en ninguna religión. No hay absolutamente ninguna prueba para ninguna de ellas, y desde el punto de vista filosófico, el cristianismo no es ni siquiera la mejor. Todas las religiones, o sea todas las mitologías, para darle su nombre correcto, son simplemente un invento del hombre.

En la primera guerra mundial, es herido, volviendo a Oxford con ambiciones poéticas. Tras unos brillantes estudios, entra en el Magdalen College, donde empieza a enseñar en 1925. Allí hace amistad con un filósofo convertido al catolicismo, J. R. R. Tolkien, hoy mucho más conocido que Lewis por su trilogía fantástica *El Señor de los Anillos*. Sus conversaciones, y la lectura de Chesterton, empiezan a despertar ciertas inquietudes. Y en su autobiografía cuenta que «a principios de 1926, el más convencido de todos los ateos que conocía se sentó en su habitación al otro lado de la chimenea y comentó que las pruebas de la historicidad de los Evangelios eran sorprendentemente buenas.»

«Aquel a quien temía profundamente cayó al final sobre mí», escribe Lewis, «cautivado por la alegría». «Hacia la festividad de la Trinidad de 1929, cedí y admití que Dios era Dios y, de rodillas, recé; quizá fuera, aquella noche, el converso más desalentado y remiso de toda Inglaterra». Es increíble que estas emocionantes palabras correspondan, según él, a una conversión al teísmo, no al cristianismo. Ya que Lewis no creía que fuera cristiano todavía. Dice que veía los Evangelios como el mito del dios que moría. No podía creer siquiera en una vida futura. Pero, sin embargo, dos años después se encontró con la persona de Cristo de una forma tan real como poco dramática: «Me llevaban al [zoo] de Whipsnade una mañana. Cuando salimos, no creía que Jesucristo fuera el hijo de Dios, y cuando llegamos al zoológico, sí.»

### ¿Excéntrico académico?

Lewis era toda una autoridad en el campo de la literatura medieval y renacentista. Su especialidad eran las letras inglesas del siglo XVI. Como académico, parece que sufrió mucho a causa de su fe cristiana, que le hizo muy poco popular en el mundo universitario. No hay duda que el rechazo se debía en parte a su valiente defensa del carácter sobrenatural del Evangelio, pero también podemos imaginar la reacción de sus colegas ante libros de ficción como *Narnia* o *Ransom*.

Muchos le veían como uno de esos eruditos excéntricos, capaz de actitudes tan quijotescas como mantener a la madre de un amigo muerto por treinta años y casarse luego con una judía cristiana americana de origen comunista, después de haberse divorciado de un alcoholizado guionista de Hollywood, y eso estando moribunda de

cáncer en la cama de su hospital (tal y como vemos en la apasionante historia de la película *Tierras de Penumbra*). Pero no olvidemos que si Lewis pasó tanto tiempo dedicado a la apologética cristiana, es porque no quiso hacer de la literatura un ídolo. «El cristiano sabe desde el principio que la salvación de una sola alma es más importante que la producción o preservación de todas las épicas y tragedias del mundo.» Hasta tal punto era así, que su amigo el poeta T. S. Eliot se preguntaba si «¿exige realmente el Todopoderoso tales esfuerzos del Dr. Lewis por devolverle a su trono?».

Desde entonces, su obra ha sido instrumental para la conversión de hombres como Charles Colson, uno de los más famosos pensadores evangélicos norteamericanos, convertido en la prisión, después de su participación en el escándalo *Watergate*. Otros, como el promotor del espectáculo pornográfico de los años sesenta *¡Oh Calcuta!*, estudió con él en Oxford, sintiéndose siempre perseguido por el Dios de Lewis. Pero también es cierto que su personaje ha creado toda una industria que mueve millones cada año. El fundador del centro británico *C. S. Lewis para el estudio de la religión y la modernidad*, un ortodoxo oriental llamado Andrew Walker, cree que ya hay quinientas sociedades dedicadas a este escritor, solamente en los EE.UU.

Las biografías se suceden hasta el punto de provocar tremendas controversias, como las producidas recientemente por A. N. Wilson y Kathryn Lindskoog, acusándole el primero de inmoralidad sexual y denunciando la segunda a su albacea, Walter Hooper, de manipular su obra e incluso falsificar ciertos manuscritos propios como si fueran de Lewis. No hay duda que algunos han hecho un

cuadro tan hagiográfico de su persona que hay hasta quien cree que es un firme candidato a la canonización romana, llegando hasta extremos tan ridículos como la obsesión de que nunca mantuvo relaciones sexuales, incluso dentro de su matrimonio.

Pero lo más interesante de su obra es esa curiosa combinación en su apologética de razón e imaginación. Recordemos que libros como *Cristianismo Esencial* o *El problema del Dolor* iban dirigidos al gran público, por lo que Lewis siempre se esforzaba en evitar cualquier término teológico. De hecho, rara vez citaba la Escritura. Pero para él era fundamental, sin embargo, recobrar el sentido bíblico de pecado. Había que dirigirse a la gente que se consideraba decente porque no roba ni mata, y mostrarle su orgullo, su avaricia, su envidia... Esta fue una de las mayores críticas que recibió a sus *Cartas de un Diablo a su Sobrino*, el hecho de que, en un tiempo de guerra y nazismo, no hablara más que de glotonería, egoísmo y orgullos espirituales...

Lewis creía que no tenemos que empezar a hablar de pecado por los titulares de los periódicos, sino por lo que hay dentro de nuestro propio corazón. Muggerridge ha dicho que la Madre Teresa nunca lee un periódico y nunca escucha la radio, así que tiene bastante buena idea de lo que pasa en el mundo. Y Lewis tenía la fama de no leer nunca el periódico. Pero conocía bien su corazón... Mientras los medios de masas se concentran en lo efímero y transitorio, él nos invita a poner la mirada en realidades eternas, considerando la forma cómo los individuos y las sociedades se acercan o alejan de Dios. Aunque fuera sólo por esto, creo que ya podemos agradecer, usando sus propias palabras, al Autor que le inventó... ▣